

## EL POETA DEL SUBTE

Lo conocí en el Subte –como llaman en Buenos Aires al METRO–. Al pronto lo confundí con uno de aquellos nuevos vendedores que forman legión, pululando por las estaciones y ofreciéndote las mercaderías más inverosímiles por un peso, sin darte un respiro, en una sucesión interminable y sincronizada de ofertas secuenciales. Cogí lo que me ofrecía mecánicamente, sin prestar atención, como tantas otras veces en aquellos días y con el propósito preconcebido de devolvérselo a su vuelta sin mirar, cuando regresara de su periplo por los vagones colindantes. En un instante, todos los ocupantes de los asientos nos miramos sorprendidos en la misma postura indolente, sujetando aquel papel con la mano derecha reposando sobre la izquierda y, ésta a su vez, sobre las rodillas: como si un fotógrafo invisible nos hubiera colocado en esa disposición para una instantánea de concurso. Me faltaban seis estaciones para mi destino y miré el papel distraídamente.

Era un cuadernillo amañado con una grapa de urgencia en el lomo. La portada, de color asalmonado, traía impresa un reloj de arena a punto de otorgar su último segundo en la burbuja inferior. Parecía requerir mi atención ante lo inminente, una llamada de socorro en el último instante. El título, resaltaba en grandes letras la imagen de aquel tiempo de arena que se despeñaba sin solución, con la única defensa de la ironía ante la constatación del desastre: HA LLEGADO EL FUTURO. Pero el precio venía circunscrito en un círculo perfecto y no era un peso: añadía cincuenta centavos por los gastos de papel e impresión. Doce poemas por un peso, por el trabajo de escribirlos,

imprimirlos, y finalmente distribuirlos por los vagones del Subte de Buenos Aires.

El futuro había llegado en nuestro verano del dos mil dos, el invierno para ellos, a aquel poeta subterráneo, editor y vendedor de su producción, imposible de exhibirse en los escaparates del sinfín de librerías de la calle Corrientes. Era el lugar adecuado para aquella obra, también subterránea, marginal a todas luces, apartada de los circuitos comerciales. Saqué un billete de diez pesos y esperé.

Conforme se acercaba, iba recogiendo de aquellas manos distraídas, casi indolentes, la devolución de sus versos sin el óvulo de caridad requerido, con el grafismo y la urgencia de aquel reloj de arena. Le tendí el billete y se puso a rebuscar en el fondo de un bolsillo donde no sonaba moneda alguna, en una parodia de dignidad que parecía prolongarse como aquel último grano suspendido en el tubo de vidrio que no terminaba nunca de caer.

–¿No tendrá otro más chico?, para diez pesos no me alcanza.

–Quédese con el vuelto– le dije parodiando la jerga bonaerense.

–De ningún modo. Acépteme su cambio en poesía. La crisis aprieta para todos. No cae un mango: ni en patacones.

Y me dejó en la mano otros seis ejemplares de aquella obra insólita que no tenía salida ni en aquel improvisado mercado, donde se vendían, con mayor o menor fortuna, todas las bagatelas posibles. Ni por medio dólar te compran ya una poesía, fraguada en la desesperación de la noche, impresa por la mañana con la esperanza de ser leída y devuelta por los caminos subterráneos

de Buenos Aires a la “Villa Miseria” de donde salieron. Su destino, en una peripecia predecible, sería engrosar el saco de arpillera de los cartoneros, que proyectan con las últimas luces del día sus sombras de neón sobre las aceras del Gran Buenos Aires. Los acepté con resignación y fueron a parar a la bolsa del Súper.

Tenía el propósito deliberado de encontrar el libro de Marcos Aguinis, recomendado vivamente la tarde anterior por un conocido en el club “Buchardo”, aquel que se obstinaba en achacar todos los males de la patria al fatal encanto de los argentinos. Me había dirigido a la librería Cúspide, de la calle Vicente López, y me encontré de añadidura con unos cuentos de Borges y otros de Cortázar en una misma estantería. Me senté a ojearlos en una mesa libre y pedí un café. Las librerías, tienen aquí un encanto especial y dejan, bajo el aviso de devolverlos sin estropear, libros para la lectura, con el placer añadido de poder saborear un café: La gente devora los libros en Buenos Aires, bajo este reclamo de gratuidad. Me sabía mal a mí devolver aquellos libros ya leídos, hojeados, después de enredarme en las hieráticas descripciones de Lucas: “sus discusiones partidarias”, y detenerme en “sus sonetos”. Dice Cortázar que un soneto es algo tan perfecto, tan acabado como un huevo y que Lucas, su personaje favorito, *con la satisfacción de una gallina, de tanto en tanto pone un soneto*. Leí el primero de los dos que me ofrecía, sin una coma de respiro y casi llego al final agónico, faltándome el aire, al intentar leerlos en sí mismos. Al atacar el segundo, después de un trago de café, advertí que se trataba del mismo soneto, esta en vez en gallego. Lo dejé sobre

la mesa con cuidado, por si me daba el palpito de devolverlo, aunque al final me lo llevara, oprimido por ese pudor de la falta de costumbre de leer libros sin haberlos pagado. Me acordé del poeta subterráneo y metí la mano rebuscando en la bolsa que había dejado al pie de la mesa. En la contraportada, presentaba aquel escritor sin éxito su bagaje literario, su biografía, que completaba con su recibimiento de psicólogo, como presta a todo buen argentino que se precie, para poder sobrevivir la locura de vivir aquel país de sobresaltos. Me sorprendió su voz y una mano en el hombro.

–¿Qué lees? –me preguntó con un acento inequívoco de extrañeza, y me alarmé como un niño pillado en falta tratando de esconder aquellos versos clandestinos.

–No te esperaba tan pronto. Nada de importancia, una curiosidad malsana que me asaltó leyendo a Cortázar y eché mano de este panfletillo que me han vendido en el Subte.

–¿A ver?

Tendió su mano imperiosa de curiosidad y se puso a leerlos en voz alta con voz cantarina y juguetona, que se fue ensombreciendo y apagando en un hilo hasta quedar inaudible, en un susurro.

–¡Joder, un polvo de estos me hacía falta a mí!

Se volvieron, en las mesas cercanas, por comprobar si eran ellos los destinatarios de aquella petición de urgencia, con sonrisas maliciosas e insinuantes, dos maduros cincuentones que parecían enfrascados en la lectura. La cogí del brazo, aún no se había sentado, en su recitado de pie junto al

velador y me la llevé en volandas hasta la caja. Me confesó en un ataque de risa, mientras salíamos, que el título del poema culpable de aquella exclamación, era: *Un polvo con Marta*. Le dije a Marta que no se ilusionara, que leyera la contraportada de aquel opúsculo y comprobaría, que el trovador del SUBTE andaba ya en los sesenta y que aquel polvo sería un recuerdo muy lejano de sus pasadas energías mozas, revivido en aquella poesía descarnada de a medio dólar el ejemplar. Se fue calmando mientras caminábamos pero no dejó de mirarme con ojos insinuantes durante el trayecto, hasta que cogió la llave y la hizo sonar con descaro mientras subíamos a la habitación del hotel. Al menos, aquella inversión de diez pesos, nos empezaba a ser alentadora.

El aeropuerto de Barajas nos recibió con una vaharada de fuego: el mes de julio madrileño nos pilló de improviso, con chaqueta del invierno austral. Pronto nos resguardamos en la temperatura artificial de los 20º centígrados, con la urgencia del que se escapa, se guarece de un diluvio. Mientras esperábamos el enlace del vuelo para Alicante, volví a "Ficciones", el otro libro que me llevé, de Borges, con el sobresalto de la exclamación de Marta y la confusa escena que siguió con las miradas ávidas y expectantes de los parroquianos. Aquella preocupación por el tiempo, de Borges, me recordaba el reloj de arena implacable del último minuto de la portada color salmón. Había tenido tiempo sobrado de leerlo en las tediosas horas de vuelo, uno tras otro, y detenerme en aquella prosa dispuesta en supuestos versos sucesivos sin respiro de estrofas. Algunos párrafos completos podría suscribirlos Borges,

desde el pedestal de su intelectualidad insolente, en aquella selección esencial de lo narrativo, sin concesión alguna a la lengua castellana. Pero aquel hombre se hacía pregunta tras pregunta a la que no encontraba, de momento respuestas, en su peripecia itinerante de poeta urbano y descarrilado por las entrañas palpitantes del Gran Buenos Aires, donde las librerías prestan los libros y te puedes tomar un café mientras los lees.

Me sorprendí escribiendo en el ordenador: Marta se había ya dormido extenuada de cansancio. A mí, el salto de continente, me cambió el reloj biológico a la vuelta y no podía dormir. Me quedé mirando pensativo aquella expresión abreviada de Buenos Aires: Bs. As., y la petición de correspondencia a una dirección de Merlo. Los renglones se iban sucediendo completando casi una página mientras me quería convencer a mí mismo de que era un simple pasatiempo para entretener el insomnio y que nunca mandarían aquella carta. Y terminé mandándola al día siguiente en la primera estafeta que encontré, eso sí, con la prudencia de no poner dirección postal: sólo la dirección de Internet de la oficina, escudado tras la contraseña de mi correo electrónico. Para aquel hombre el futuro no se había traducido aún en las modernas posibilidades de la comunicación y su dirección era estrictamente postal: una calle, un número, el distrito y la población, con el añadido de aquella abreviatura que parecía un bisbiseo. A Marta no le dije nada.

Su segunda carta encabezaba mi listado pendiente de lectura, iba sin clip, directamente escrita sobre la página del E-mail, como la primera que me

envió. Me alegré de mi decisión de no poner la dirección del correo que compartía con Marta, se hubiera burlado de mi ingenuidad. Ella había ya olvidado el episodio de la librería, tan práctica como siempre, después de aquel cumplimiento de urgencia en el hotel. Fue su forma de requerirme de amores atrasados con las novedades que la asaltaban a cada paso y la apretada agenda de visitas de esa tournée de prisas programadas de las agencias. Me demoré antes de leerla, ¿qué nueva locura me propondría? El tono parecía formal, correcto. La leí sin más preámbulos.

*Señor Reloj de Arena: No le agradezco en modo alguno la penitencia que me impone. El país va bien, gracias: yo, desolado. El pedir favores prestados en esas nuevas "catedrales" de la imbecilidad: Los Ciber, no me acomoda. Ni tener que reconocer ante el público mi absoluta inutilidad cibernética en la computadora. De momento he podido liberarme por segunda vez del pago en pesos. La rubita me sigue aceptando el otro pago en especie, de versos robados por la noche. Sí, con nocturnidad. Cuando termine con la redondilla del Martín Fierro, ¿qué le parece que haga? Tengo previstas unas letras de tangos de arrabal que conservo. Algo tengo que agradecerle, la piba del Ciber tiene un par de tetas solemnes y acogedoras: como para echarse la siesta en ellas los próximos veinte años que, como dice el tango, no es nada.*

*Puedo escribir en castellano perfecto, sin esa arrebatada palabrería de arrabal que usted tanto admira en Cortázar. En Borges no la encontrará. Él es..., como un cross en plena mandíbula. No me gusta hablar de las glorias*

*nacionales, podría quedar incorrecto y no estoy muy seguro de quién se asoma por estos aparatos del diablo.*

*Esa pedantería cultísima, demostrando siempre que se ha leído, que se ha viajado, a veces me resulta vomitiva. No se le puede exigir a quien no ha salido de Buenos Aires: aquí está todo, en el Subte encuentro la humanidad sudada que preciso para mi producción. Y tampoco me sé de memoria la Enciclopedia Británica, entre otras cosas, porque si alguna vez la hubiera tenido estaría ya largo tiempo en la librería de lance. Créame, yo puedo saber cómo va la economía del país con mayor precisión que el Dr. Kirchner, con sólo mirar los ejemplares que me quedan y la cara de los que me lo devuelven.*

*¿Ha pensado en mi propuesta?, allí se convocan concursos como crecen margaritas en primavera en las cunetas de la Pampa. Sí, comparto que puedan ser un fraude para premiar al Sr. Secretario que se jubila, o bajo palabra y compromiso de: este año te toca a ti. Para lo de las plicas se me ocurren una docena de trucos. Pero, si fuera preciso, yo puedo escribir como Borges o Cortázar, la necesidad me obliga. He podido comprobar en los últimos meses que estoy dispuesto para corromperme. Me prostituiría en la primera esquina, sin dudarlo, si mis carnes quisiera comprarlas alguien pero, no dan ni para un cocido de vigilia. Búsqueme alguno de un pueblo remoto, de poco premio, que no despierte la codicia de los avariciosos. Con quinientos mangos me conformo, USA, naturalmente: por menos no escribo. Vea lo que puede hacer por este poeta en apuros. Espero respuesta. Al Ciber, por favor.*



Lo había enredado definitivamente con aquel pedido de locos. El primer requerimiento le costó cien pesos argentinos remitidos de urgencia para tapar la ruina del negocio subterráneo que se le despeñaba como aquel reloj de arena y, ahora, volvía por sus fueros con la idea del concurso. Pensó por un momento que si se enteraba Marta las risas iban a durar meses. Se consoló de nuevo con el blindaje al que sometió aquella correspondencia. Pero no quería ver encabezar su correo, todos los días, con las misivas del poeta. Tomó la decisión y se conectó a las ofertas que ofrecía [deconcursos.com](http://deconcursos.com). Le salió una buena nómina de certámenes con tiempo suficiente de vigencia para la presentación, dio al icono de imprimir y la impresora soltó varios folios. Los guardó en la cartera y se dispuso a concluir la jornada de la tarde: ya vería cómo se las arreglaba. Por el camino pensaba sobre mandarle un resumen de los que se ajustaban a las modestas pretensiones expresadas. No había problema, por cien versos seiscientos euros, eran más que todo lo que podía ganar aquel hombre en un mes de periplos de vagón en vagón. En cualquier caso a nada se comprometía, y le venía bien para animar la monotonía de las tardes de oficina con el preludio de las vacaciones de verano. Decidió finalmente que lo haría, el resumen, para mandarlo al día siguiente con la instantaneidad que requería aquel SOS de naufrago.

La carta la recibió en su domicilio. Marta lo esperaba con ojos de gata traviesa, relamiéndose de gusto. Cuando le apuntó con el tenedor blandiéndolo suavemente, ya se esperaba lo peor.

–Que callado te lo tenías, mi Nóbel en ciernes. A mis espaldas y sin dejármelos leer, a tu Martita, ¿cuándo descubriste ese violín de Ingrid?

–No sé de qué me hablas, ¿me pasas el pan?

Pero Marta arremetió de nuevo con sorna redoblada, mientras Juan caía en la cuenta del error cometido, esta vez, ya irremediable, de haber mandado aquellos versos al concurso bajo plica, con su nombre y dirección privada.

–Nada menos que cien versos, de corrido, y nunca me has dedicado ni un modesto pareado. ¡Ya me dirás que me pongo!, que hay que ir a recoger el premio. No es mucho, pero necesito un adelanto urgente para salir de tiendas.

Juan se atrevió a balbucear, halagado ya por la admiración que despertaba en su mujer, sin atreverse a desvelar aquella confusión en la autoría de los versos.

–¡Mujer, tampoco es para tanto!

Mientras comía pensativo, vigilado de cerca por aquellos ojos chispeantes, caía en la cuenta de la nueva nota de gastos que se le avecinaba, si tenía que pagar los extras del vestido, del viaje, y remitir el premio a su legítimo propietario. De pronto se espantó aún más, no había reparado en lo de asistir al acto de entrega de premios.

–¿Has dicho que hay que personarse a recoger el premio?

–Naturalmente, como se nota que eres novel en esto. Y no te olvides de llamar que quieren tu currículum, lo tienes todo subrayado en rojo, para que no olvides nada. Esta tarde te tomas un merecido descanso y no vas a la oficina, llama con cualquier excusa. Si quieres te pones malo y llamo yo.

Lo dijo mientras retiraba los platos camino de la cocina. El pavor se le pintó de nuevo en el rostro: “¡Su currículó!, ¿qué currículó?, ¿el de su depurado estilo de frases hechas de la correspondencia oficial?”. Y, ¡había mandado una docena de poemas a otros tantos concursos!, “¿qué pasaría si empezaban a lloverle premios?”. La ruina, con Marta desbaratándole la cuenta con nuevas peticiones de vestidos y, “¡los gastos de viaje!”. Tenía que escribirle, darle cuenta de la situación, compartir las gabelas que se le venían encima. Marta regresó sonriente con el postre. Estaba realmente orgullosa, “¿cómo desengañarla?, ¿cómo deshacer aquel malentendido en que le había metido aquel embaucador profesional?”. Recordó todo el catálogo de recomendaciones de Marcos Aguinis previniendo sobre las artes persuasorias del argentino, de su capacidad para venderte cualquier moto. Cayó en la red que le había tendido, con sus pedidos sucesivos de dignidad fingida, con adelantos luego sobre las futuras ganancias de aquella empresa al cincuenta por ciento firmadas sobre el aire de la Red. Toda una ficción, una pesadilla de una noche de verano en invierno, como corresponde a un trato bonaerense que se precie, según previene Marcos Aguinis. Se deshizo como pudo del cerco que le iba tendiendo Marta, pagó el peaje del vestido por anticipado, y con la excusa de un trabajo inaplazable se marchó camino de la oficina con una vorágine de sentimientos incontrolados.

El ordenador lo esperaba apagado y pulcro, con su único ojo oscuro dispuesto a parpadear a un gesto de su mano, a su más mínimo deseo. Vaciló, pero sólo fue un instante de indecisión, y pulsó la tecla de arranque. Apareció

su correo, cuando cesó el ligero rasgueo de la puesta en marcha, y allí estaba, como cada día, aquella amable sanguijuela cibernética acosándole desde la cabecera del listado.

*Estimado socio: No se apure ni se espante, ni tenga miedo a comparecer en nombre propio, tiene toda mi confianza y avales. De acuerdo en toda su propuesta, pero mande recursos. La rubia del Ciber me aceptó la invitación de un cine y parrillada en “tenedor único”. La convenció mi saco nuevo, recién afeitado que me presenté y locionado de lavanda, después de su anuncio. ¡Regio pibe!, mi hermanito muerto vuelve a tener promesas de primaveras. No se me achique ahora que tenemos la gloria en la punta de los dedos. Le adjunto en clips debidamente separados cuatro modelos de “vitaes” reversibles como una “boulverris”. Sus intervenciones, medidas, citadas y relamidas de cultismos vacuos: le estoy preparando un nutrido elenco de discursos varios para toda ocasión, los recibirá en breve. Usted lee, ¿no es cierto?, ¿a qué teme?, esto es un negocio hermano. Póngase clásico si quiere, o estrafalario si está la prensa delante, escandaloso si al caso llega. ¿Sabe?, mi ilustre paisano Borges llegó a decir de Lorca, de su García Lorca, que era un poeta menor y le recogieron en toda la prensa: está en las hemerotecas. Empiece por los clásicos, eso da mucho pedigrí: Quevedo, Góngora, Garcilaso. Siga por la Generación del Veintisiete, ¿le preparo una lista? No hay problema, he vuelto a los bares de las librerías y me tomo mi cafecito de las mañanas rodeado de toda la cultura, le he vuelto a tomar gusto, desalojado de la obligación añadida de editor y vendedor peripatético de mi obra: ¡usted me ha*

*salvado del ostracismo! Ya sé, la gloria es toda suya, pero mande el vil metal con asiduidad y benevolencia, lo demás déjelo en mis manos...*

Dejó la carta impresa sobre la mesa y desplegó de nuevo la ventana de clips donde se le ofrecía todo un catálogo de composiciones poéticas: Redondillas en cuartetos pareados al estilo del Martín Fierro, octavas reales encadenadas, décimas abrazadas en secuencias sucesivas que le recordaban el *Vía Crucis* de Gerardo Diego y sonetos, muchos sonetos.

Con gesto de satisfacción se frotó las manos. Pensó que allí había material para cubrir buena parte de las ofertas pendientes. Sacó el listado y examinó con cuidado las notas marginales que iba añadiendo a mano, de indicaciones precisas sobre la composición idónea a mandar. Imprimió en triplicado ejemplar y relleno la plica con los datos personales requeridos. Añadió al pie: *Remitido el 15 de marzo de 2004. Premio de 1.500 euros.* El teléfono sonó con estridencia y lo descolgó con gesto mecánico.

–Juan Fernández al habla, ¿dígame?

La voz cadenciosa con acento sureño casi le hace caer de la silla.

–Hola socio, aquí me *tenés* para echarte una mano de amigo. Estoy en el aeropuerto, ¿venís vos a buscarme? Soy yo, tu poeta del Subte en cuerpo y alma. No, no soy un fantasma, soy yo, hijo. Se me ha venido la rubia detrás, no he podido evitarlo.

